

LA TIRANIA EN COREA

EDUARDO HARO TECLEN

PARK Chung Hee lleva dieciocho años de dictadura cruda en Corea del Sur cuando fue asesinado, el viernes pasado, por sus propios adjuntos. Un golpe de Estado breve y directo, envuelto en las primeras informaciones en la posibilidad de un accidente. Coloca ahora en la cúspide del poder, como va siendo una costumbre poco tranquilizadora desde el punto de la ética, al hombre que hizo toda su carrera junto a Park, el primer ministro Choi Kyu Hah. Técnicamente, los inmediatos al mando son los únicos que están en verdadera disposición de eliminar y sustituir rápidamente la figura del poder cuando las circunstancias lo requieren sin que cambie el aparato del Estado, sin riesgo, sin revolución. En ciertos países como ahora Corea —antes Afganistán, o Guinea Ecuatorial—, la política es lo suficientemente dura y la noción de jugarla a vida o muerte que tienen los que participan en ella tan real, que estos asesinatos forman parte de lo posible y de lo que siempre ha de tenerse en cuenta. Por la misma razón, los hombres de recambio pueden también garantizar el recambio en la política, que no está fácilmente en manos de otros. Choi Kyu Han estaba designado por el propio dictador como su delfín, su sucesor. Está considerado como un duro, como un dictador. No es razón suficiente para que se configure ahora, si es esa la carta que hay que jugar, como el democratizador del país. Después de todo, el asesinado Jefe del Estado había aparecido un tiempo como comunista, otro como demócrata, y una vez el poder en sus manos se había con-

vertido en un dictador de corte fascista.

Park sucedió a otro de los grandes tiranos de nuestros tiempos, Syngman Rhee. Rhee era un anciano tenaz y cruel —nacido en 1875, llegó al poder en 1948, a los setenta y tres años de edad— recubierto de una capa liberal y demócrata: nacionalista independentista, cristiano, perseguido por los conservadores, había tenido una educación americana: la Universidad George Washington, Harvard, Princeton, habían hecho de él un doctor en Filosofía. Pero apenas llegado al poder, purgó la Asamblea Nacional, condenó a muerte y ejecutó a los dirigentes de la oposición —el secretario general del Partido Progresista, entre otros—, prohibió partidos, lanzó represiones sangrientas contra los estudiantes que pedían libertades. Para los Estados Unidos, fue el hombre útil para contener el comunismo emanado de Corea del Norte hasta que comenzó la oleada anterior de sustitución de tiranos por demócratas. Rhee fue expulsado del poder, se exilió a Hawai y murió en el exilio en 1965. Después de un tiempo de confusión política, vino un golpe de Estado, el 16 de mayo de 1961. Kennedy estaba en la Casa Blanca y realizaba la gran revisión de la política exterior. El golpe de Estado estaba inspirado por el general Park, aunque no apareciera al principio más que como vicepresidente del Consejo Supremo para la reconstrucción nacional: unos meses después, era Presidente de la República, y no dejaría de serlo hasta este final trágico del viernes.

A Park se le ha descrito como "austero y enigmático".



El nuevo hombre fuerte, Choi Kyu Hah, un político que hizo toda su carrera junto a Park.

Su escuela de rudeza es muy bien conocida: la Academia Militar Imperial Japonesa y su Ejército en los tiempos de la guerra contra los Estados Unidos, desde 1940 —después de unos años de maestro— hasta 1945, el año de la derrota del Japón. No es fácil relacionar esta actividad con su regreso a Corea en el momento en que los americanos ocupan la península, a no ser por una cierta tendencia americana para utilizar a sus enemigos para sus propios fines; o porque tal vez en el Ejército japonés servía ya de alguna manera los intereses americanos. El hecho es que Park convalidó precisamente en una academia militar instalada y dirigida por el Ejército de Estados Unidos en Corea sus grados obtenidos en el Ejército japonés, y salió de ella como capitán de lo que entonces se llamaba Fuerza de la Policía Coreana; y se llamaba así porque la desmilitarización del país le impedía, lógicamente, tener aún su propio ejército.

Un año después, Park fue protagonista de un hecho aún más enigmático: fue detenido

y juzgado como comunista. Un Tribunal militar le consideró culpable de realizar una campaña de "desmoralización comunista" en el Ejército coreano —en la Fuerza de Policía— y debió tener datos suficientes porque le condenó a muerte. Pero el episodio no está suficientemente claro. Algo debía haber en el fondo, porque no fue ejecutado; y no eran tiempos de clemencia. Más sorprendente aún: fue readmitido en el Ejército. Precisamente cinco días antes de que comenzara la guerra entre las dos Coreas, que iba a ser el acontecimiento más trascendental de la posguerra. Park aparece ya como un anticomunista sin límites. Pero aquí salta otro enigma; las crónicas dicen que no combatió jamás. Y, sin embargo, fue ascendido velozmente. Este hombre condenado a muerte por comunista en 1946 termina la guerra contra los comunistas como general de División cuando la había comenzado como capitán: en poco más de tres años de tiempo. Y este general aparece en la Junta que derriba al tirano en 1961, aparece co-

mo Presidente de la República Interino dos meses después, y como Presidente electo en 1963. Sostenido por los Estados Unidos.

En estos tiempos, Park aparece como un democratizador. Para instaurar la democracia, dice ya en 1961, hace falta poner orden en un país mal gobernado —lo estaba por un católico, Chang Myun, que fue destituido por el golpe militar— y lo más necesario en ese caso es disolver la Asamblea Nacional. Y combatir el comunismo y la corrupción. Con la lejana inspiración kenediana, las vías para combatir la corrupción y el comunismo eran el restablecimiento de la economía y de las libertades públicas, pero siempre por este orden. Las li-

permanencia de un ejército expedicionario de Estados Unidos, pareció eficaz. Con la eficacia de la dictadura. Dos acontecimientos iban a reforzar más sus poderes y a distanciar la cuestión de las libertades públicas. Por una parte, el asesinato de Kennedy y el regreso de Estados Unidos a una política de apoyo a los hombres fuertes, primero por Johnson, luego por Nixon. Por otra, la guerra del Vietnam, sus posibilidades de desbordarse a Asia y el miedo a que se repitiera el conflicto entre las dos Coreas. La democracia se perdió definitivamente, la corrupción ya no tuvo límites, la oposición quedó dismantelada y la represión se instaló. Park no tenía nada que reprochar, des-

reforzó a sí mismo por la ley marcial. Con ella en la mano, los dirigentes de la oposición podían pasar fácilmente de sus vigilados domicilios a campos de concentración o prisiones. El tema eterno era el del comunismo: el mismo por el que Park había sido condenado en 1946, le servía ahora para condenar a sus enemigos. Y para justificar toda clase de represiones. Pero entramos ya en la era Carter, como pequeño remedo de la era Kennedy, y en la gran purga de las dictaduras. Y en la insistencia en el tema de los derechos del hombre. La era de la reconciliación había sido grave para Park: se trataba de que las dos Coreas negociaran y resolvieran sus contenciosos, lo cual le priva-

ter. Salieron a la calle cinco mil presos políticos, muchos de los cuales estaban encarcelados desde la guerra con el Norte; otros no habían conocido proceso. Todo ello ponía en marcha a la oposición. Contra la política, Park acudía de nuevo a sus fórmulas: los Tribunales anulaban el acta de diputado del principal dirigente de la oposición —King Youn Sam, del Nuevo Partido Dehócrata— lo que produciría inmediatamente la dimisión de sus correligionarios diputados y una serie de manifestaciones callejeras, sobre todo por parte de los estudiantes. Para cuya agitación, Park tenía la segunda fórmula: el regreso a la ley marcial, y la represión abierta y directa. Después de la amnistía, las cárceles y los campos comenzaban de nuevo a poblarse. Sin que ello hiciera cesar la actividad de la oposición.

Y así llegamos a la cena del viernes al sábado. Una cena a la que asistía el jefe de la CIA —las mismas siglas y la misma función que en los Estados Unidos— y en la que, según la versión oficial, se produjo la disputa: el jefe de la CIA sacó su pistola y disparó contra Park, hasta matarle. Nadie sabe por qué iba armado. No se ha aclarado en qué términos tan graves se produjo esta disputa para que terminase en magnicidio. Ni por qué no intervinieron los guardaespaldas de Park para protegerle, cuando era tiempo, o para vengarle, cuando ya no lo era. Todo un gran olor a conspiración se desprende de esta cena de los asesinos.

Pero todo ha de tener una apariencia cuidadosamente legal. La versión oficial, al día siguiente del asesinato, era esta: se trataba de algo incidental, el jefe de la CIA había sido detenido y estaba siendo sometido a interrogatorios, y todo el mecanismo constitucional se ponía en marcha: el primer ministro Choi Kyu Hah sustituía, como está preceptuado, al Presidente muerto; y habrá elecciones presidenciales dentro del plazo legal de tres meses.



El Ejército vigila las calles de Seúl tras imponerse el estado de sitio.

bertades públicas podían esperar; vendrían solas cuando el nivel de vida fuera suficiente. Los poderes presidenciales fueron absolutos y, en un principio, su gestión económica, apoyada por el riego de dólares y por la continua

de ese poder, al que había ejercido Syngman Rhee. Las sucesivas reelecciones —la Constitución a la medida no limita el tiempo presidencial— le eran relativamente fáciles. Cuando aparecieron las dificultades, en 1972, se

ría de grandes recursos de poder. Consiguió —no era demasiado difícil— ir las retrasando. Pero la ley marcial quedaba abolida y, con motivo de la reelección de Park a la Presidencia en 1978 decretó una amnistía, grata a Car-

LA TIRANIA EN COREA

En medio de todo esto, el Departamento de Estado se había apresurado a explicar que en Corea del Sur había habido un golpe de Estado. Los medios de información de Estados Unidos en Corea del Sur son enormes: aparte del cuerpo expedicionario de 40.000 soldados, tiene consejeros en todas partes, y una Embajada numerosísima y especializada. Técnicamente, no tiene posibilidades de error al calificar el suceso. Menos aún si anuncia, como lo hizo en el primer momento, que las relaciones de Estados Unidos con Corea del Sur seguían siendo las mismas, y advertía a Corea del Norte que en ningún caso toleraría que se inmiscuyese en la situación creada. Sus soldados fueron movilizadas al mismo tiempo que los de Corea del Sur: unos y otros, con el objetivo oficial de evitar cualquier acción de Corea del Norte. Unos y otros, probablemente, para consolidar el nuevo poder.

¿Dónde va ese nuevo poder? Hacia las elecciones y probablemente hacia la democratización, dentro de la misma línea de todas las tiranías derrocadas en serie du-

rante este año, con la anuencia —por lo menos— de los Estados Unidos. Hacia la política Carter. Puede ser elegido Presidente el hombre que hoy ocupa el cargo por interinidad, el hasta ahora primer ministro. Que no ha vacilado, en todos estos años, en sostener la política dura, corrupta y tiránica de Park, pero que no tiene por qué vacilar ahora en crear una democracia controlada. Esta es la calidad moral de la política.

El acontecimiento coreano es importante. Asia está en un momento de transición, Corea del Sur tiene una significación de fortaleza y de puente de los Estados Unidos. Podría haber sido todo un accidente, como dice la explicación oficial, o podría ser lo que la Unión Soviética ha denunciado ya: el cambio de una marioneta de los Estados Unidos por otra marioneta de los Estados Unidos, que todo daría igual. Es un cambio de trascendencia, en el que no puede estar ausente tampoco China, que puede influir en las relaciones con Corea del Norte, que interesa enormemente al Japón. Todo ello se ha de ver en los próximos meses. ■ E. H. T.



El dictador Park, a la izquierda de la foto, junto al jefe de su guardia personal, Cha Chi Chul, durante un desfile. Ambos han sido asesinados.



Vaclav Benda.



Otta Bednarova.

"Carta 77"

EL PROCESO

Resulta hoy difícil encontrar las obras de Franz Kafka en las librerías de Praga. Sin embargo, muchas de las cosas que ocurren estos días en Checoslovaquia tienen bastante que ver con el universo burocrático y absurdo del gran escritor judío.

JOAQUIN RABAGO

LA condena ha sido general. Desde la derecha, naturalmente, y el Vaticano de Wojtyla, por supuesto, hasta los socialistas y los partidos comunistas de Berlinguer, Carrillo y Marchais. El juicio de los seis disidentes checos se ha visto transformado, por un esperable efecto de huerang, en un proceso al "socialismo existente".

Los acusados (y condenados, el martes 23, a pesar de sus protestas de inocencia, a penas de cárcel que van de dos a cinco años y medio): una psicóloga y madre de siete hijos, Dana Nemcova; un filósofo y ex líder estudiantil durante la etapa Dubcek, Vaclav Benda; un ingeniero y también ex dirigente juvenil, Petr Uhl; dos periodistas de TV, Jiri Dientsbier y Otta Bednarova, y un conocido dramaturgo, Vaclav Havel, cuarenta y tres años, autor de "La Audiencia", "Fiesta en el jardín", "La inauguración", entre otras obras.

Todos ellos, firmantes de la "Carta 77" y al mismo tiempo miembros del llamado Comité para la Defensa de las Personas Injustamente Perseguidas (VONS). Sobre los seis disidentes pesaba la acusación de haber difundido noticias falsas y calumnias para el Estado checoslovaco y haber montado una campaña de difamación del régimen

socialista. Cargos asimilados al de "subversión" para el cual prevé el Código Penal, en su artículo 98, hasta diez años de cárcel.

Como otros procesos anteriores contra disidentes, no se ha caracterizado este juicio por su transparencia. Tampoco esta vez se permitió la entrada en la sala a la prensa o el Cuerpo Diplomático, ni siquiera al jurista delegado por Amnistía Internacional. Sólo fueron admitidos algunos familiares, a quienes se prohibió además tomar notas. Entre los que tuvieron que quedarse fuera "por falta de espacio", según la explicación de las autoridades, estaba el ex ministro de Asuntos Exteriores con Dubcek, y firmante de la "Carta 77", Jiri Hajek.

Firmas y represalias

Con este juicio, al que deben seguir otros, las autoridades checoslovacas han pretendido asentar un nuevo golpe al movimiento opositor, de defensa de los derechos civiles, organizado en torno a la "Carta 77", documento así llamado por haberse hecho público el 1 de enero de 1977. La Carta, un texto de seis folios que en un principio firmaron 247 personas —científicos, profes-